

## VÍCTOR DELFINO

Director del Instituto Tutelar de Menores, de Buenos Aires  
Académico correspondiente de la Academia Nacional de Medicina  
de Río de Janeiro y de la Academia Paulista de Medicina  
Miembro de la Comisión Internacional Permanente de Eugénica

---

I. — El Instituto Tutelar de Menores de Buenos Aires.  
Su organización, su funcionamiento y sus resultados

---

II. — Espíritu actual en el tratamiento  
de la infancia abandonada y delincuente.  
El patronato de menores

---

III. — Educación de los anormales

---

IV. — Delitos, fugas y vagabundaje en los menores

---

V. — La higiene oral y principalmente en el niño

---

VI. — La Nipilogía, ciencia integral del niño. Necesidad  
de fomentarla en América

---

VII. — Concepto actual de la educación física

---

VIII. — El alcoholismo en el niño

---

## TRABAJOS ENVIADOS

AL TERCER CONGRESO AMERICANO DEL NIÑO (RÍO DE JANEIRO,  
27 DE AGOSTO - 5 DE SEPTIEMBRE DE 1922)



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE OBRAS DE E. SPINELLI

2254 — Calle Córdoba — 2254

1922







## VÍCTOR DELFINO

Director del Instituto Tutelar de Menores, de Buenos Aires  
Académico correspondiente de la Academia Nacional de Medicina  
de Río de Janeiro y de la Academia Paulista de Medicina  
Miembro de la Comisión Internacional Permanente de Eugénica

I. — El Instituto Tutelar de Menores de Buenos Aires.  
Su organización, su funcionamiento y sus resultados

II. — Espíritu actual en el tratamiento  
de la infancia abandonada y delincuente.  
El patronato de menores

III. — Educación de los anormales

IV. — Delitos, fugas y vagabundaje en los menores

V. — La higiene oral y principalmente en el niño

VI. — La Nipilogía, ciencia integral del niño. Necesidad  
de fomentarla en América

VII. — Concepto actual de la educación física

VIII. — El alcoholismo en el niño



## TRABAJOS ENVIADOS

AL TERCER CONGRESO AMERICANO DEL NIÑO (RÍO DE JANEIRO,  
27 DE AGOSTO - 5 DE SEPTIEMBRE DE 1922)



68048

BUENOS AIRES  
IMPRENTA DE OBRAS DE E. SPINELLI  
2254 — Calle Córdoba — 2254  
1922







# I

## EL INSTITUTO TUTELAR DE MENORES DE BUENOS AIRES.—SU ORGANIZACION, SU FUNCIONAMIENTO Y SUS RESULTADOS.

Postulado criminológico importante es que existen medios adecuados que permiten corregir o disminuir las anormalidades que se dan en los individuos y, por consiguiente, rebajar el índice de la criminalidad de un país, levantando el nivel moral y social de sus habitantes.

Entre éstos medios y medidas no existen acaso más adecuados que aquellos que se inspiran en la práctica de la filantropía, opuesta a la delincuencia y a la anormalidad en general, cuando se la sabe desarrollar mediante la escuela, los asilos, las casas de trabajo y también los hospitales, donde se recojan todos aquellos seres que están en déficit en lo que hace a su capital humano, regenerando a los desviados y renovando las energías físicas y psíquicas en los que han caído.

Las doctrinas de la antropología criminal y los modernos estudios realizados en los vastísimos dominios de esta ciencia, que han teni-



do por consecuencia establecer como un cuerpo de doctrina sólido y bien articulado, la historia natural del delito, estudiada en su agente y desarrollándose ora en el medio anterior (herencia), ora en el actual (ambiente), han permitido verificar la enorme influencia de los agentes modificadores, entre los cuales la filantropía, el tutelaje, el régimen familiar, la influencia y las sollicitaciones morales del ejemplo, pueden contarse en primer término, y desde luego más inmensamente eficaces que la pena o la corrección, cuando se trata de niños delincuentes hijos del arroyo, caídos en la desgracia, víctimas tempranas de influencias atávicas o sociales deletéreas.

Y éste es el fruto obligado de las grandes aglomeraciones humanas, siendo especialmente las grandes ciudades las incubadoras del microbio de la delincuencia, que llega a hacerse mal crónico, morbo difícil de desarraigar.

Mientras haya en el mundo hombres, ha dicho el profesor Lombroso, habrá criminales, del mismo modo que hay albinos, hombres de seis dedos, o con labio leporino, habrá criminales natos en quienes la fatalidad dolorosa ha depositado gérmenes de una perversidad y de una insensibilidad irremediables, destinados y arrastrados fatalmente al crimen.

Pero justamente, agrega el ilustre profesor italiano, porque he tenido ocasión de observar y estudiar gran número de criminales, me he persuadido que hay que distinguir entre las diversas clases de criminales, como entre los ciegos de nacimiento, para los que no hay remedio alguno, y los atacados de keratitis, a los que se les puede devolver la vista casi normal, recurriendo a los medios convenientes.

De entre la gran masa de los hombres, los menos son los que han nacido irremediable,



fatalmente destinados a la delincuencia; los más son honestos siquiera en su infancia o en su adolescencia, hayan tenido a las veces los peores instintos y sido inclinados a la crueldad, al robo, a la mentira, etc., etc. Un poco más y hubieran sido criminales de ocasión y lo serían todavía si ésta se presentare a no haber mediado una serie favorable de circunstancias que, modificándolos poco a poco psíquicamente, hicieron de ellos hombres honrados, útiles a sí propios y a la sociedad. Cuando han faltado estas influencias modificadoras o han dejado de producirse en su eventualidad, ha aparecido el delito, desviado resultado social del sujeto criminaloide.

Estos criminaloides, cargas onerosas para la sociedad, que no ha sabido o querido evitarlos, son los que precisamente llenan las cárceles y las prisiones, estrellándose contra ellos todo el instituto legal de las medidas coercitivas contenidas en todos los códigos.

La coerción no regenera al hombre; antes bien, lo embrutece y deshonra. Es éste un hecho conocido de antiguo; en cambio, ¡cuánto no puede una terapéutica bien orientada contra el crimen y los criminaloides, sobre todo cuando se conocen las causas del mal, la educación defectuosa, el alcoholismo, la cohabitación del niño con los individuos del hampa, desarraigando de su alma joven, cuando todavía es tiempo, las tendencias al mal! Más todavía, este principio de tratamiento, que realiza al propio tiempo una profilaxis eficaz del crimen, responde a un postulado incontrastado de economía social, es decir, obtener el mayor rendimiento con el menor desembolso, que es mucho más fácil y representa un resultado más valioso que el que se obtiene con la entrega a la sociedad de un miembro útil de por vida, que no la ha perjudicado



nunca, que cuando éste es un delincuente regenerado, que la ha perjudicado porque, aun resarcido a las víctimas del delito, en ningún caso la habrá indemnizado totalmente de los daños que la causara.

Estos principios son los que han inspirado el pensamiento del gobierno argentino al fundar, el 18 de diciembre de 1917, el Instituto Tutelar de Menores, que responde, en forma amplia y racional, a los imperativos de la lucha contra la criminalidad o la vagancia, debiendo merecer, por lo tanto, en vista de su función social, la atención del criminólogo y del antropólogo, cuyo criterio no puede dejar de desconocer que una institución como ésta, que guarda y protege a los niños, reintegrándolos en su psicología normal, es más eficaz y está más en conformidad que otra cualquier medida, en su fin terapéutico, contra el crimen.

#### INSTITUTO TUTELAR DE MENORES. COMPONENTES Y DISTRIBUCION INTERNA

El Instituto cuenta con dos secciones tutelares, dedicadas a la infancia abandonada o huérfana. Cada sección tutelar está a cargo de un encargado de sección, que, a su vez, depende de la dirección, a la cual pasa diariamente un parte de movimiento de menores y de personal habido durante el día

Cada sección cuenta con un personal de dos prefectos y seis celadores, quienes atienden directamente a los menores; éstos están bajo su inmediato cargo y cuidado, siendo ellos a la vez que superiores, amigos y consejeros de los niños, de cuyos actos se responsabilizan, no pudiendo en ningún caso tomar medidas disciplinarias sin consultar previamente a su inmediato superior.



Los prefectos y celadores tienen un servicio de 12 horas por 24 francas, durante las guardias nocturnas hacen jiras de serenos, anotando en sus relojes, a cada cuarto de hora, su paso por las dependencias de la sección; las fajas de los relojes pasan luego a la secretaría, donde se contralorea el servicio nocturno del personal.

Las secciones tutelares constan de dos grandes pabellones dormitorio con capacidad para ciento cincuenta camas superpuestas, que dan un total de 300 plazas, un pabellón comedor con capacidad para 300 menores, 7 aulas para grados donde se imparte la enseñanza primaria, un comedor y cuarto de baño para empleados superiores, un taller de costurería y depósito de ropa donde se guarda y compone la ropa de los menores, un enorme patio con 6 canchas de pelota vasca, 4 galerías que lo circundan, 2 espaciosas salas con los water-clasets, lavatorios y baños.

*Sección enfermería y servicio médico.*—Está bajo la dirección de un médico, que tiene a sus órdenes un farmacéutico, un dentista y dos enfermeros, personal éste que atiende a los menores que se encuentran enfermos y a los que ingresan, haciéndoles un examen médico, desinfectando sus ropas y ocupándose de todo cuanto tiende a promover la sanidad de la población.

Esta sección cuenta con una sala de enfermos con capacidad para treinta menores, una sala de aislamiento para cinco enfermos, una sala de farmacia, otra para consultorio médico y odontológico, cuarto de enfermeros y local con baños lavatorios y W. C.; además tiene un amplio patio con dos canchas de pelota vasca y cuatro grandes galerías.

*Escuela primaria.*—Está bajo la dirección de un regente, que tiene a sus órdenes ocho



maestros de grado; estos maestros dan sus lecciones, unos en el turno de la mañana, y otros en el de la tarde, estando inscriptos en la escuela todos los asilados; siguen los programas vigentes en las escuelas dependientes del Consejo Nacional de Educación y están fiscalizados por la inspección de escuelas particulares, asistiendo a los exámenes finales una delegación de maestros normales, que se constituyen al efecto en mesa examinadora.

El porcentaje de los alumnos que merecieron ser aprobados en los exámenes de fin de año, durante el tiempo que funciona el instituto, ha sido casi siempre el 80 %.

*Talleres.*—Los talleres que funcionan están bajo la vigilancia directa de la economía; son actualmente 6, a saber: mimbtería, carpintería, zapatería, mecánica, sastrería y taller de medias, que producen un buen número de artículos en sus distintos ramos, al mismo tiempo que preparan para el porvenir obreros inteligentes.

En el actual presupuesto se han creado los talleres de panadería y lavado, que han de proporcionar grandes beneficios al establecimiento, trayendo las consiguientes economías. Constrúyese en estos momentos el local para el lavadero, que se instalará en breve y que estará en condiciones de atender no sólo a las necesidades del instituto, sino también las de algunos otros establecimientos.

Le ha sido concedida a la dirección del establecimiento la facultad de enajenar los artículos contruidos en los talleres y con esos fondos formar el peculio de los menores que trabajan y producen, con el propósito de estimularlos en sus tareas y para que gocen de los beneficios de su aprendizaje, al mismo tiempo que se instruyen en el ejercicio de sus respectivos oficios.



Los alumnos que concurren a los talleres están bajo las órdenes de los maestros técnicos, y están divididos en turnos de mañana y tarde, alternando de esta manera las lecciones manuales con la educación primaria a fin de no exigir de ellos un mayor esfuerzo físico e intelectual del que puedan rendir.

*Dirección.*—La dirección ejerce su mandato directo, sobre todos los jefes de las distintas secciones, comprobando “de visu” la conducta y grado de aprovechamiento de cada menor, teniendo trato directo con ellos y escuchando de sus propios labios las quejas o pedidos que formulen.

Ejerce directamente el contralor sobre la adquisición de mercaderías, que se hace por licitación privada, adjudicándose la provisión al mejor postor dentro de la calidad pedida.

Ejerce directamente el contralor sobre el trato que se da a los menores, apercibiéndose seriamente al empleado que no cumpla con lo dispuesto; como también sobre la secretaría, acerca la admisión de menores que se ejecuta por riguroso turno, de acuerdo con las fechas de las resoluciones ministeriales.

*La secretaría.*—Lleva registrado el movimiento de los menores, ingresos y salidas, prontuariando a todos los que pasan por el establecimiento. En el prontuario se consignan todos los datos que se pueden reunir sobre cada menor, parientes, domicilio de los mismos, examen pedagógico y psicológico, fotografía de frente y de perfil, impresiones digitales, examen médico, señales particulares, carácter, inclinaciones, edad y clasificaciones obtenidas por el menor en el establecimiento.

La secretaría lleva la contaduría de los pagos a efectuarse, por aprovisionamiento hecho al instituto, pagos de personal y gastos menores.



Lleva la correspondencia con los señores jueces y defensores de menores, lo mismo que con el ministerio de Justicia e Instrucción Pública y la Tesorería General de la Nación.

Es la encargada de organizar las licitaciones privadas para la provisión al establecimiento, dando cuenta a la dirección del resultado de las mismas para que ésta resuelva sobre las adjudicaciones.

*Economía.*—Está bajo las órdenes de un ecónomo, que tiene por misión el contralor y distribución de los alimentos, vestuario y materiales de talleres, tiene bajo sus órdenes un cocinero, un ayudante de cocina, cuatro peones, un quintero y tres costureras.

El contralor de los alimentos y materiales se lleva por un libro especial, que está a cargo del ecónomo, en el que se anotan las entradas y salidas diarias, teniendo éste la obligación de pasar un parte diario a la dirección, consignando las substancias alimenticias y los alimentos preparados para los menores y los empleados, de acuerdo con el decreto de racionamiento del 27 de enero de 1915.

*Parque de recreo.*—Al costado oeste, entre los pabellones y los talleres, se extiende un pequeño parque con diversos juegos para los menores, entre los cuales se cuenta una pequeña cancha para foot-ball y otros espacios, donde se instalarán canchas de tennis.

*Métodos.*—El método que rige en el establecimiento es el que recomienda la moderna pedagogía y aconsejan las más acreditadas disciplinas ético-sociales, haciendo que el niño comprende por sus propios cabales los beneficios que le reporta para sí mismo la institución, y la conveniencia de permanecer en ella y trabajar para adquirir lo más brevemente posible el máximo de enseñanza teórica y práctica.



Tienen los menores opción para elegir el oficio que desean, sin perjuicio de que luego desistan cuando la práctica del mismo no les agrade o no hacen progresos en él. En el sistema se ha excluído en lo posible toda disciplina severa, tratando de crear a los niños un nuevo hogar común, donde el ambiente de compañerismo y mutua protección oriente sus espíritus en la práctica del bien y contenga los desbordes e impulsividades malsanas de su temperamento.

Es de observarse en ciertos casos la pronta adaptación de algunos niños, que en pocos días se familiarizan tanto con el ambiente que olvidan toda otra circunstancia anterior, para vivir la vida común, cual si hubieran estado internados desde larga fecha.

La educación psíquica de los pupilos está a cargo de los maestros de enseñanza primaria, quienes tienen la obligación de orientar sus espíritus hacia los campos de estudio, e inocular en ellos la disciplina en el trabajo. Con este fin, se está formando una biblioteca de obras seleccionadas contribuyendo, además así al esparcimiento de los menores durante las horas de recreo y descanso; esta biblioteca tendrá una sala anexa para juegos de salón, como el ajedrez, damas, dominó, etcétera, etc.

La educación física se imparte por medio de un bien estudiado método racional, inspirado en el espíritu analítico de la gimnasia de Ling, que penetra en la intimidad subjetiva del motor humano en función y responde a sus necesidades físicas, fisiológicas y terapéuticas.

*Régimen de vida.*—El régimen, como queda dicho, es completamente familiar; se puede decir que menores y empleados forman una sola familia, de tal manera se ha esta-



blecido en el instituto el equilibrio psíquico necesario para que el ambiente resultante sea amable para todos e irremplazable para los menores.

El sistema implantado, *de verdaderas puertas abiertas*, es quizá uno de los más afortunados y al mismo tiempo uno de los más atrevidos pasos realizados en el sentido de la profilaxis y la regeneración social, pues hay que tener en cuenta que en el establecimiento se alojan menores que han vivido en la vagancia y, por lo tanto, propensos a la fuga.

A los menores se les concede permiso para que pasen el primer domingo de cada mes en casa de sus parientes, siempre que éstos vengán a buscarlos y se comprometan a reintegrarlos al instituto el día lunes antes de las ocho horas; estos permisos son concedidos únicamente a aquellos que por su buena conducta se hacen acreedores a ellos.

A los huérfanos o abandonados, que no tienen a quien visitar, se les lleva a distintos biógrafos, paseos, museos o parques, para compensarlos así, en parte, de su triste condición de parias.

*Banda de música.*—El establecimiento cuenta con una banda formada con la base de los menores internados, en número de treinta y dos, estando bajo la dirección de un profesor de música; esta banda acompaña al instituto cuando concurre a algún desfile o manifestación.

*Conclusiones.*—El Instituto Tutelar de Menores, cuya población actual es de 260 menores de edades que varían entre seis y catorce años, como factor de profilaxis y saneamiento social en la lucha contra las determinaciones morbosas hereditarias de la infancia, y las del ambiente social, constituye un índice de progreso para nuestra gran metrópoli y



para el futuro de nuestra raza, librando así de los cauces tortuosos y oscuros de la delincuencia a la infancia desvalida o desorientada, y transformando en factores de trabajo y progreso a aquellos que estaban destinados a fracasar o a pervertirse en los bajo-fondos de la urbe tentacular, malográndose para siempre en el abismo de sus miserias y de sus dolores.

Los resultados alcanzados por esta institución se refieren ampliamente en las dos memorias que acompañan a esta ponencia, correspondientes a los años 1920 y 1921, elevadas por la dirección a S. E. el señor ministro de Justicia y Instrucción Pública de la nación, doctor José S. Salinas, pudiendo decirse, de acuerdo con lo expresado por el P. E. nacional en su mensaje último de apertura del 61º período legislativo del honorable Congreso nacional, que *el Instituto Tutelar de Menores, cuyo gobierno y organización son de verdadero reformatorio, ha dado muy halagüeños resultados.*

---



## II

### ESPIRITU ACTUAL EN EL TRATAMIENTO DE LA INFANCIA ABANDONADA Y DELINCUENTE: EL PATRONATO DE MENORES.

No cabe duda que la protección de la infancia ha señalado un progreso decisivo en la evolución del derecho, en las naciones cultas, habiéndose incorporado como un progreso positivo al acervo de las leyes.

Y dentro de esta obra inmensa de protección y de auxilio de la infancia, de la verdadera protección que se ha sustituido a la filantropía medioeval, cooperan en dichos países, al lado del ministerio público, numerosos ayudantes y colaboradores, es decir, los delegados a esa obra de protección representados por los miembros de todas las instituciones de educación, caridad y protección. Esto, naturalmente, sin eliminar al juez único, que debe ser un hombre moderno, penetrado de un sano humanitarismo y capaz de seguir libre y espontáneamente en las determinaciones a tomar, las inspiraciones de su conciencia. Libre de rígidos formalismos, el juez especializado, que reclama el patronato de menores,



deberá ser un magistrado listo, capaz de espontáneos movimientos, en lugar de sujetarse, como todavía sucede, al texto rígido de las leyes y al cuadro inflexible de la tradición, que ahoga las iniciativas generosas y contraría el libre ejercicio de la vida.

Estamos, pues, lejos, como se ve, del tribunal clásico. Y es que a la idea de criminalidad, con la definición legal del delito y la aplicación de la pena determinada por el código penal, en el sistema que se propone y que, de aplicarse, no tardaría en dar sus frutos, reduciendo los cuadros de la criminalidad infantil, lo que interesa, lo esencial, por así decirlo, es el destino del niño, su vida, las aptitudes que posee, el ambiente en que ha vivido, en una palabra, las determinantes de su conducta y las medidas que deberán tomarse para encaminarla. Como tampoco resulta esencial en este derecho nuevo la comparencia del niño ante la justicia que le absuelve o condena, sino que su misión empieza con aquélla, prolongándose después durante mucho tiempo, a veces en condiciones difíciles. Tampoco pueden aceptarse, siguiendo la tradición clásica, las diferentes categorías de menores que distingue la ley, siendo imposible establecer demarcaciones precisas entre unas y otras, y existiendo más bien entre ellas, múltiples contactos e imperceptibles tonos.

En efecto, decía M. Adolfo Prins, presidente de la Comisión del Real Patronato de Menores de Bélgica: para todos los niños de los bajo-fondos sociales, la vida moral y regular resulta, en nuestros días, más difícil cada vez; la calle, el taller y aun el hogar son, a veces, focos del vicio, de la inconducta y de la criminalidad; las excitaciones, las tentaciones, las ocasiones desfavorables se acumulan alrededor de ellos y



los envuelven por doquier; en todas partes hay peligros para ellos; solamente existen diferencias de grado en estos peligros; éstos son más o menos grandes, según que una familia sea más o menos sana o desunida, según que el niño se críe en un hogar más o menos abandonado por el padre o por la madre, o por ambos a la vez, acaparados por la fábrica, según que el niño encuentre a su torno una nausebunda promiscuidad o una decencia relativa; según que habite una casa conveniente o una buhardilla abyecta y que sus ojos estén más o menos habituados a las escenas de violencia, de libertinaje y de alcoholismo; según, en fin, que las tachas hereditarias o los estigmas de degeneración pesen más o menos sobre su nacimiento. Pero en la mayor parte de ellos los resortes internos están igualmente falseados y existe poca diferencia entre las causas que producen la indisciplina y la criminalidad.

Igualmente se observa poca diferencia entre el niño que comete un delito y el que no lo comete. El delito será a veces un título de más a la protección del Estado y una prueba más del abandono material y moral en que se encuentre el niño y de la necesidad de ir hacia él.

Por eso, la gran preocupación de las leyes nuevas, debe ser el destino del niño, su frágil existencia que auxiliar y cuidar; en una palabra, las "leyes deberán ser de educación y de preservación" toda vez que la idea de criminalidad habrá desaparecido del sistema que preconizamos para las naciones de América.

Hacemos traslado a los honorables congresales de las medidas a tomarse para alcanzar estos fines, bastando, por lo común, según probatorios resultados obtenidos en el extran-



jero y en nuestro país, las medidas de represión sencilla, para los indisciplinados, los mendigos, los vagabundos y otras que confinan con la represión y que deben ser más o menos prolongadas en los casos afortunadamente raros, en que faltan completamente los recursos morales y ha desaparecido toda esperanza en la educabilidad del inculpadó. Así se logra conciliar la dulzura con la firmeza y el criterio jurídico con el psicológico en la aplicación de la ley. Y sólo de este modo, es decir, penetrando en la psicología del niño, estudiando su vida, las condiciones del ambiente en que ha vivido y se ha desarrollado, averiguando, las causas por las cuales se ha agostado su espíritu o envenenado su corazón; en fin, averiguado "cómo es" y "cómo ha llegado a ser", se conseguirán los resultados apetecidos.

Las nuevas leyes "pro infancia" deberán cuidar especialmente de abolir la noción de "discernimiento", verdadero "truc" jurídico, que rechaza el derecho nuevo del mismo modo que las ideas de culpabilidad e inocencia jurídicas, pena o libertad, acusación y defensa, etc., preocupándose de investigar el estado físico y psíquico del niño, sobre todo cuando un estado mental que parece equívoco o ambigüo, inspira dudas. Las admirables encuestas realizadas en Inglaterra, Suiza y Alemania, han demostrado, en efecto, la frecuencia de las tachas en las clases desheredadas— las clases antropológicamente inferiores, que dice nuestro sabio amigo Alfredo Nicéforo—, y revelando las relaciones íntimas que existen entre la delincuencia y la defectuosidad juvenil. Por otra parte, el estudio de la herencia en las generaciones humanas, la influencia del factor hereditario en la génesis de la delincuencia en los niños, sobre cuyo sistema nervioso gravitan pesadamente las más variadas



tachas—alcoholismo, avariosis, tuberculosis, toxicomanías diversas, etc.—abona aún más todo el interés que debemos tomarnos por los vástagos que proceden de esas fuentes malsanas, a fin de imponerles un régimen adecuado a su medio psico-fisiológico. Es más; la moderna pedagogía científica exige se anejen servicios de clínica médica, que existen, por lo demás, en los Estados Unidos de Norte América, a las clases infantiles, a fin de que el médico—ahora convertido en verdadero agente de la protección y defensa sociales—pueda reparar todos aquellos defectos o vicios orgánicos, que perturban el funcionamiento psíquico del niño, merced a lo cual la consulta médica que cura, se sustituirá a la audiencia judicial que castiga. En todo caso, cuando sea llegado el tiempo en que se haga en todos los países verdadera protección de la infancia, la eficacia de esta nueva función social se acreditará por sí misma, por la supresión de ese detestado engranaje represivo todavía vigente en muchos de ellos, con sus jueces de instrucción, sus intervenciones policíacas y sus administraciones penitenciarias. Y la acción del Patronato de Menores deberá variar a tenor de las condiciones que ofrezca el medio o la familia en que se cría el niño, según sean buenos—en cuyo caso la intervención y la responsabilidad de aquél es mínima—; dudosos, en que podrá intentarse poner en libertad al niño en la familia, vigilando a ambos en todo momento; o malos, caso éste que impone la inmediata segregación del niño del medio nocivo en que vive. Y luego habrá de emprenderse su formación profesional, descubriendo las aptitudes del niño, interpretando sus tendencias y su formación moral, levantando el espíritu del hasta ayer pobre esclavo del egoísmo humano, y en cuyo cora-



zón no había sino un natural sentimiento de odio hacia la sociedad que le abandonaba en su fría indiferencia, cuando no se cebaba cruelmente en él. Son numerosos y cada día más elocuentes, los ejemplos de las regeneraciones obtenidas de esta manera, es decir, suavizando el carácter del niño abandonado, dulcificando las asperezas del paria de los bajos fondos sociales, cuyas dolorosas vicisitudes le habían anestesiado para todo simpático sentimiento de humanidad, poniendo en su corazón un poco de esa consoladora esperanza que va a enjugar sus lágrimas y a amenguar sus penas...

En numerosos países de América urge resolver el problema de la infancia delincuente y abandonada. Tenida debida cuenta de la psicología del niño, más fácilmente expuesto a la corrupción que el adulto, aunque también más sensible receptor de las influencias felices, es de toda necesidad empezar a actuar sobre él lo más pronto posible, si no se quiere malograr para siempre su porvenir.

Cierto es que el legislador se ha preocupado, no siempre con el resultado que era de esperar de los vagabundos y mendigos, los "grandes peligrosos del porvenir", como los llama el ilustre Thiry, de los abandonados material o moralmente, de los delincuentes, pero casi siempre ha descuidado, salvo algunos tímidos ensayos o providencias deficientes, a esa otra categoría de niños, a los cuales la férula paterna o las tristes condiciones de los ascendientes, arrojan al lodazal mundano, terreno abonado donde fructifican todas las contravenciones y florecen todos los vicios.

Así resulta que, en los más de los países americanos, la legislación actual que actúa con medidas de represión respecto de los



menores, en lugar de hacerlo con medidas de corrección adecuadas a sus caracteres o instintos, tiene por resultado desmoralizarles, hacerles vacilar y desalentarles por toda la existencia, desde que han ingresado en ella conociendo sólo sus miserias y dolores. El Estado, pues, debe intervenir, imponiendo al niño, naturalmente sometido a él por el hecho de su menor edad, y en virtud de leyes especiales, la educación adecuada, que constituye el mejor medio de impedir la comisión de actos delictuosos a que pudiera estar inclinado. Y debe hacerlo protegiendo al menor, siempre que los padres no le den la educación moral suficiente, sustituyéndose a ellos y tomando bajo su tutela a los moralmente abandonados, a fin de evitar que así se incremente la criminalidad infantil, contra la cual nada pueden los castigos ordinarios siempre perniciosos.

Este criterio encuentra todavía una amplia aplicación cuando se trata de menores delincuentes, que para éstos—y ahora también para los adultos—debe ser la pedagogía correctiva, que traduce las manifestaciones de su espíritu tutelar y protector en el tratamiento de los menores delincuentes con la institución conocida por tribunal de niños o tribunal juvenil. Nuestro país, que goza de los beneficios del Patronato de Menores, creado por la ley del 21 de octubre de 1919, institución que corrige las deficiencias de nuestro código, modificando sustancialmente el régimen de la patria potestad, se ha incorporado resueltamente a este movimiento, "instituyendo los métodos de educación en lugar de la pena del régimen represivo, el secreto para evitar el mal ejemplo y el baldón futuro" (R. Seeber) y como institución nueva, la libertad vigilada.

Durante los dos años de vigor de la ley nú-



mero 10.903 (1), fueron fallados en la República Argentina 3145 procesos, seguidos a menores de 18 años, 611 de los cuales se encuentran en institutos de enseñanza o entregados a los padres bajo libertad vigilada y al amparo del Patronato oficial.

La institución del Patronato de Menores no ha podido naturalmente rendir todos los beneficios que reportará en el futuro, por no haberse constituido todavía las escuelas especiales que la misma ley menciona para menores expuestos o abandonados o para la detención preventiva de los que observen mala conducta, o de los delincuentes, ni haber logrado todavía el concurso social y el de las autoridades administrativas, que, como por ejem-

---

(1) Modifica también esta ley, el sistema vigente para los procesos ordinarios del derecho procesal, suprime la prisión preventiva, procurando la reforma moral de los menores por otros medios antes que los represivos, dispone que los jueces quedan autorizados para disponer preventivamente de un menor si se encuentra material o moralmente abandonado o en peligro moral, entregándolo a una persona honesta, pariente o no, a un establecimiento de beneficencia, privado o público, o a un reformatorio público de menores. El juez de este fuero, ejerce, pues, una acción tutelar. Por último, las penalidades se cumplen en establecimientos especiales, verdaderas escuelas en las que se reeduca al menor delincuente, comprendiendo sin duda el legislador que en la mayor parte de los casos el delito no es más que un accidente y que los menores que no han infringido las leyes, son en muchos casos más peligrosos que los que han cometido delitos.

Modifica también la ley 10903, según se ha dicho, la parte pertinente a la patria potestad del Código Civil Argentino, ampliando las causas de su pérdida, y entregando al Estado, representado al efecto por los magistrados judiciales (jueces de niños), mayores facultades en el gobierno y dirección de los menores que caen bajo el imperio de la ley. Así, por ejemplo, la delincuencia de los padres, determina la caducidad legal de sus derechos sobre los hijos, evitándoles los peligros de la contaminación en el propio hogar de los progenitores; la ausencia de los padres o el abandono que estos hagan de sus hijos, los hace incurrir también en la pérdida de la patria potestad, quedando en todos estos casos los menores bajo el Patronato Nacional o Provincial, institución que reemplaza, casi siempre con ventaja, a la ejercida por particulares, por lo común indolente, descuidada y aun delictuosa. Igualmente, la tutela privada, en los casos procedentes, ha sido objeto de una profunda modificación, sea en lo que hace a su discernimiento judicial, sea en su ejercicio, sea, finalmente, en su pérdida por mal desempeño en los encargados de ejercerla.



plo la policía, tienen en su órbita jurisdiccional deberes concomitantes.

Vese, pues, que las aspiraciones contenidas en la teoría del correccionalismo penal han dejado en nuestro país de ser aspiraciones, para plasmarse en un principio de realidad, con la institución del Patronato de Menores y la libertad vigilada, en la cual el juez no impone sentencia alguna, y resulta ventajosísima porque no rompe la vida del hogar, manteniendo la cohesión en la familia, además de ser económica y susceptible, como que es provisional, de ser modificada en cualquier momento. Atento a estos resultados—y a los obtenidos en otros países de Europa y América, que gozan de los beneficios de leyes similares de protección de la infancia—, y a que la opinión dominante y la orientación que sigue el problema jurídico del tratamiento de los menores delincuentes excluye o restringe en grado sumo la aplicación de verdaderas penas, de penas puramente represivas, pudiendo pronunciar los tribunales de niños solamente en casos excepcionales y gravísimos, no aplicada como pena, sino simplemente a título de medida disciplinaria de duración indeterminada, la reclusión del menor en establecimientos especiales, donde se combine un régimen estrictamente educativo con una severa disciplina; es que sometemos a la consideración del III Congreso Americano del Niño las siguientes conclusiones:

1°—El Patronato de Menores surge, pues, como una necesidad desde largo tiempo sentida y reclamada por el imperativo de las legislaciones nuevas que han suprimido la penalidad de los menores. Y conviene a todos: a los menores detenidos o sentenciados, en quienes, si bien es cierto que el aislamiento evita la corrupción, en cambio favorece la me-



lancolía que determina en los reclusos el rencor, y no pocas veces el odio, el alejamiento de la sociedad ordinaria, contra la cual se yergue su instinto de rebelión por la libertad que han perdido y los afectos y satisfacciones de que se les ha privado; a los locos morales, es decir, a aquellos que no pueden comprender razonadamente lo qué es moral y lo qué no lo es, y contra los cuales la prisión no es menos perniciosa; siendo el patronato el medio más adecuado para impedir las consecuencias depravadoras del aislamiento; en fin, a los niños anormales, para quienes se reclama en primer término cuidados sanitarios convenientes. Deberá, por último, el Patronato de Menores, ejercer sus funciones con respecto a los encausados, habiendo de resultar de incontestable utilidad, siempre que se instituya el "juez de menores", encargado de establecer las *medidas de protección y de educación*, que en lo sucesivo, cuando el nuevo criterio jurídico suprima toda distinción entre discernimiento y no discernimiento, serán las únicas en aplicarse.

2º—Estará también dentro de las atribuciones del Patronato de Menores combatir el vagabundaje, y la mendicidad, con medidas de corrección, ordenando la creación de establecimientos que pueden ser casas de refugio, depósitos de mendicidad, en los cuales se hagan efectivas estas medidas; como igualmente la creación de asilos antialcohólicos, de patronatos especiales.

La cura forzada, en efecto, debe ser impuesta a los bebedores consuetudinarios, por necesidad social, correspondiendo al poder judicial reglar las garantías serias que deberán tomarse cuando se trata de la internación de los alcoholistas, en vista, principalmente, de la evitación de las detenciones arbitrarias.



El tratamiento moral de los bebedores, consistente especialmente en la enseñanza antialcohólica, completará la obra del asilo, correspondiendo, por otra parte, a las sociedades de patronato, mirar por la situación de la familia del alcoholista y por el futuro de éste, el cual en el momento de ser puesto en libertad carece de trabajo y de recursos.

3º—Conocidos, pues, los males que derivan de la infancia abandonada y delincuente, no deben los poderes públicos demorar en instituir el tratamiento aconsejado por las circunstancias, promoviendo las indicaciones adecuadas, creando las obras indispensables para ese objeto, a fin de que, llenada la gran finalidad gubernamental de formar hombres eurítmicos desde el doble punto de vista físico y moral, esté afianzada al propio tiempo que la defensa de la sociedad, la suerte de los niños americanos, cimiento futuro de las naciones del continente, sin el cual, necesariamente, éstas se desagregarían y perecerían.

---



### III

#### EDUCACION DE LOS ANORMALES.

“La sociedad educadora dejó en el más lamentable olvido a los anormales, y entre ellos fueron los más olvidados, los preteridos anormales mentales. Esos desgraciados, que en su natural evolución orgánica sufrieron retraso en el desarrollo del todo o parte del corazón del pensamiento, del trono donde se asienta el espíritu, por el que se exterioriza la tríada que lo integra, de ese inmenso, misterioso mundo donde reside el psiquismo, cuna del alma que nos hará conocer lo grandioso, lo infinito, el alma universal; esos sin dicha de deficiente cerebro son, unas veces, idiotas profundos en los que el alma yace en prisión, cerrada al aire y a la luz, sin poder exteriorizarse hasta la desintegración de la materia mal constituida de su cárcel; en los que movimientos, sensibilidad, inteligencia, moral y conciencia están perturbados o abolidos; otras veces son alienados, locos, en los que las armonías del espíritu se truecan en tumultuosos movimientos psíquicos inconscientes, como los sonidos emitidos armónica-



mente se cambian y se perciben como ruidos estridentes, sin sentido musical cuando tropiezan, chocan y atraviesan inarmónicamente placas o medios vibratorios múltiples y diferentes; pero en otras ocasiones el defecto orgánico cerebral no tiene la intensidad de los casos anteriores, consiste en un atraso evolutivo o en lesiones ligeras y curables; en aquellos tristes casos poco o nada puede esperarse de los medios curativos; por eso la sociedad los acoge, los auxilia en asilos y manicomios; en éstos, en los retrasados mentales, en los que se separó su evolución cerebral de la marcha o curso normal habitual, por pecado original hereditario o por influencia del medio, en estos anormales mentales existe un poderoso medio de curación, que en poco tiempo, relativamente, los iguale a los de evolución regular en las manifestaciones de la inteligencia y de la sensibilidad general, especial y moral. Esta poderosa palanca, capaz de hacer cambiar a la propia naturaleza en su marcha, es la educación, que no sin insuficiente causa se dijo axiomáticamente *que es una segunda naturaleza.*"

Con estas nobles palabras, que hacemos nuestras, el ilustre pediatra español, Dr. don Baldomero González Alvarez, en una notable conferencia sobre *La educación de los niños anormales*, celebrada el año 1917, en la Real Academia Nacional de Medicina de Madrid, prohibaba la generosa idea de establecer escuelas especiales para débiles mentales, a fin de activar su desenvolvimiento psíquico, por medio de la gimnasia cerebral. La cuestión de los niños anormales, en efecto, no ha dejado de preocupar en estos últimos tiempos a los pedagogos y sociólogos de todo el mundo, cuyas ardientes solicitudes han motivado, de parte de algunos gobiernos, medidas adecua-



das para la redención de esos *minus habentes* desdichados, que son los anormales.

No hace mucho tiempo que, también en nuestro país, algunos espíritus bien intencionados y progresivos, han empezado a ocuparse del problema de los niños anormales, de suyo importante, y por influir, aunque no siempre decididamente, en la producción de la corriente de la delincuencia infantil.

Modificadas las ideas de los contemporáneos acerca de la responsabilidad penal, desde que aparecieron las teorías deterministas, pensóse que el anormal debía ser tratado como un ser aparte, no susceptible de educación, y, por lo tanto, había precisión de desembarazarse de él, relegándole a un asilo. Así las cosas duraron algún tiempo, hasta que, hace poco más o menos veinte años, se reconoció el lugar que corresponde al anormal en la sociedad y la importancia que entraña el problema de su educación. Y se comprobó, felizmente, todo lo que se puede conseguir en influencia saludable y duradera, de una buena educación de los anormales. Desde entonces, los médicos, los pedagogos, los sociólogos, los juristas y hombres de gobierno, han puesto su atención en la infancia anormal, estudiando las diversas categorías que se nos ofrecen a la observación. Y así ha podido la psicología morbosa despistar a los anormales afectivos o del carácter, como quiere de Sanctis, y los anormales psíquicos, distinguiéndolos de los *arriérés* (atrasados pedagógicos) u ocasionales (Schreder), sin tacha originaria alguna y que pueden volver a la normalidad si se les suministra una educación suficiente. Estos anormales ocasionales pululan en nuestro medio, adonde se dan en número considerable, habiendo sido, por lo común, demorados o paralizados en su desarrollo intelectual o mo-



ral, por las condiciones deplorables del ambiente en que viven. Pero, a pesar de su número, no es fácil distinguirlos; y en esto, precisamente, estriba la dificultad del tratamiento a imponerles, porque no se puede separar la influencia de los elementos orgánicos o hereditarios y la que resulta del medio en la determinación de la defectuosidad mental. Esto es lo que trae, particularmente entre nosotros, un tanto rezagada la enseñanza de los anormales, la cual no podrá nunca ser eficaz si no se empieza por estudiarlos profundamente, para llegar a individualizarlos con estrictez, mediante los procedimientos de examen primero y de educación después; haciendo que ésta sea individual en cada caso, en lugar de amontonar por centenares a los anormales en establecimientos más o menos lujosos, pero que son todo menos que casas de tratamiento y de educación.

Creemos, pues, dado que todavía no se ha hecho el acuerdo acerca de una clasificación general de los anormales (1), difiriendo por modo notable las ideas de los autores acerca de este punto, sobre todo cuando se entra en el detalle de la cuestión y se reclama precisión taxinómica, que sería una medida conveniente imponer a los establecimientos para anormales un sistema diferente del que rige en la mayoría de ellos, donde cada niño, gozando de cierta libertad vigilada, pudiera conservar

---

(1) Del gran grupo de los anormales, compuesto por los frenasténicos (idiotas, imbeciles y débiles mentales), los psiconeuróticos (epilépticos, histéricos, neurasténicos, etc.), y los con déficit sensorial (ciegos, sordomudos, etc.), los que estando fuera de los grupos anteriores, acusan alguna anormalidad del sistema nervioso (atrasados, pervertidos, amorales, impulsivos, coreicos, kleptomanos, dipsómanos, torpes, etc.); desglosamos el grupo de los atrasados, que lo son por su constitución enfermiza, escrofulosa, pretuberculosa, etc., los cuales no son tributarios del tratamiento médico-psicológico que conviene a todos aquéllos, sino del impartido en la escuela-sanatorio, que vigora, al propio tiempo que sus desmirriados cuerpos, su débil psique.



el contacto con la sociedad, manteniendo sus relaciones sociales y familiares tan importantes unas y otras desde el punto de vista educativo. Este sistema sería, por otra parte, fácil de realizar colocando a los anormales en colonias especiales, a la manera de las de Gheel y Lierneaux, para los orates, creándose en parajes en que fueran enviados los niños, escuelas especiales en las cuales habrían de recibir los beneficios de la educación.

Y así podría resolverse, de rechazo, la discutida cuestión de la organización de las escuelas para anormales escolares, susceptibles de cierta instrucción, los cuales, en la inmensa mayoría de los casos, es decir, en que puede atribuirse la deficiencia del desarrollo a alguna anomalía orgánica, podrían concurrir, por las razones apuntadas, a clases especiales, completamente separadas de las ordinarias y respondiendo a los cuidados particulares, a la atención sostenida y meticulosa que reclaman de parte del educador.

Con habilidad y tacto, evitárase también el temor de los padres que prefieren conservar a su lado—fomentando con el desarrollo del adulto de mañana, improductivo y parasitario—al niño anormal, a que éste sea tildado con el mote de “tarado”, a la salida del establecimiento. Y con un personal elegido y al corriente de las cuestiones de psicología pedagógica, a la cabeza del cual estuviere un facultativo en condiciones de dirigir el tratamiento que conviene aplicar a cada niño, las escuelas para anormales adquirirían sólidos prestigios científicos, llenando el objeto esencial para el cual fueron creadas, es decir, restituir a la sociedad individuos curados, sanos y honestos, habiendo corregido en los diversos casos las lagunas del carácter o las anomalías de la mente.



Cuanto a la orientación a imprimir a la educación de los anormales, no puede haber sobre este punto dos opiniones, pues la experiencia es terminante al respecto, indicando para ellos una educación casi exclusivamente manual y profesional. El cerebro de estos niños, dice con mucha razón Augusto Ley, no está bastante desarrollado para permitirles realizar con provecho estudios teóricos, y es hacerles perder tiempo y fatigarles inútilmente, enseñándoles materias que no tienen para ellos ninguna utilidad práctica. Demasiado a menudo todavía los que están al frente de la educación de los anormales no se dan cuenta de esta verdad, a la cual aun se opone el espíritu de rutina.

---

No pretendemos al escribir estas líneas tratar completamente de la educación material y moral de los anormales, ni solucionar las cuestiones que le son atingentes, que para ello sería necesario proyectar un plan general más amplio y ordenar en sistema coherente buena parte de lo hecho hasta ahora y mucho de lo que queda por hacer todavía. Nuestra tarea es más modesta y limitada, aunque no menos útil.

Al reclamar de parte de los educadores de la niñez anormal la perfecta comprensión de la obra perseguida, de lo cual derivará la selección de los procedimientos, entre otros múltiples, más en armonía con las necesidades de los alumnos, que es decir, la *individualización de la educación del anormal, según el carácter, la inteligencia y la salud de cada niño*, indicamos tan sólo el espíritu según el cual el educador debe esforzarse por corregir las desviaciones mentales de los anormales, equilibrarlos, convirtiéndolos en hombres útiles, en valores sociales. Y esto es precisamente lo



que todavía no se ha realizado por ser las colonias y escuelas de anormales en la mayoría de los países de América, más bien pensiones o asilos que verdaderos establecimientos, en los cuales se aplique a los huéspedes, esos inválidos de la inteligencia y de la voluntad y capaces, sin embargo, de ocupar una plaza al lado de sus camaradas más favorecidos porque su crecimiento fué regular y normal, los principios directores de una pedagogía especial. La tarea de "humanizar" al anormal, es, en efecto, grave y delicada, que para ello es necesario, si se quiere alcanzar el éxito relativo que comporta esta educación, estudiar cómo se suceden, encadenan y se rigen las transformaciones que señalan las etapas del crecimiento fisiológico y mental del niño. Y la razón es obvia: el niño no llega a adolescente, ni éste a adulto, aunque aparentemente el uno es la imagen del otro aumentada y vigorizada, sino después de pasar por una serie de transformaciones, gracias a las cuales cada vez se van agregando al niño, incorporando a su organismo psico-físico, nuevos elementos formadores del ser que deviene...

Ahora bien, como estas transformaciones van complicándose cada vez más, haciéndose más difíciles, se sigue de aquí la necesidad en que está el educador de contralorear estas transformaciones y adaptaciones, cuyo orden está subvertido en el anormal, combatiendo los paros o corrigiendo los vicios. Esto es lo que se consigue individualizando la educación, tarea que implica el conocimiento integral del estado biológico y mental del sujeto a educar, para poder llegar sin mayores tropiezos a la enseñanza, desarrollando las aptitudes que pueden llevar al niño a la vida normal.

Esto es lo que aún no se ha hecho sistemáticamente entre nosotros y en no pocas par-



tes, limitándose la educación de los menores anormales, salvo honrosas excepciones—a simples escarceos sin valor positivo ni utilidad social. Verdad es que la tarea es de suyo delicada e impone de parte de las personas entregadas a ella, sacrificios en tiempo, paciencia y voluntad. ¡Pero cuántas satisfacciones se recogen cuando se ha logrado reintegrar a la normalidad a las personalidades desviadas y condenadas para siempre a naufragar en un medio indiferente y hasta hostil! ¡Qué íntimo goce al lograr poner en su vertical espiritual, equilibrándolo, al desventurado anormal que no sabe ni puede adaptarse, y tiende naturalmente a hundirse en la nébula turbia de la inconciencia! Pero también, ¡qué suma de conocimientos y de dedicación de parte del educador, que debe conocer las principales causas de este crecimiento y saber cómo ha de actuar sobre ellas! El hombre, dicen acertadamente M. M. Philippe y Boncour, cualquiera que sea su lugar en la sociedad, es producto de tres factores, esto es, la herencia, el medio y el coeficiente personal. Cada uno de estos elementos continúa actuando sobre el adulto, que es un hombre hecho; pero sobre el niño en formación son los dos primeros que predominan. El crecimiento natural les desprende de ellos si es normal, a medida que se afirma su personalidad. En el anormal no puede efectuarse esta labor o se hace mal: sigue siendo esclavo de su herencia sin poder adaptarse al medio, del cual sufre la acción, como si se tratara de blanca cera. Rebelde o tiranizado, seguirá siendo incapaz si la educación no le endereza, de tomar o de ocupar en la sociedad el sitio que había de corresponderle. Todo el arte del educador consiste, pues, en adivinar en cada caso particular qué deberá hacerse, para volver a la normalidad al pequeño irregular que se le ha confiado.



Ni la pedagogía, ni la psicología teóricas, suministrarán al profesor de anormales, el arte de educar a estos niños, si no agregaran el sentido práctico de sus caracteres, la costumbre de estudiar a cada uno en particular, la observación que sabe adivinar hasta el alma, más allá del velo que le ponen los gestos y las palabras, detrás de las cuales se ocultan a menudo los alumnos. La observación pedagógica y psicológica en una clase de anormales, debe ser práctica, metódica y precisa.

Es más, en esta educación, para la cual se ha discurrido toda una pedagogía especial, porque sobre hacer la educación física y moral del anormal, hay que educar particularmente sus facultades psíquicas: la imaginación, la memoria, la atención, y deben colaborar en ella, actuando de mancomún, el pedagogo y el médico, poniendo este último el mayor cuidado en la observación del carácter y del temperamento del educando a fin de despistar en él las más ligeras anomalías, hasta las formas más transitorias y ahorrarle el primero la clase especial y luego el internado. En todo caso, habrá que influenciar particularmente el carácter del anormal que domina casi por entero su psicología, y por eso hacer converger los esfuerzos del médico pedagogo, más en la disciplina y educación que en la instrucción, que es precisamente lo contrario de lo que se acostumbra a practicar en muchos países. Fundamentando debidamente sobre las bases apuntadas la educación de los anormales, se habrá conseguido resolver prácticamente el problema de la asistencia de estos seres incapaces de adaptarse a las condiciones actuales de existencia y cuya solución se hace sentir imperiosamente, desde tiempo acá por tratarse de un mal social felizmente curable.



En atención a lo expuesto, proponemos a los honorables miembros del III Congreso Americano del Niño la sanción de las siguientes conclusiones:

1º—Las naciones de América deben preocuparse más activamente que hasta ahora de la educación de los anormales.

2º—Organizar la estadística y la profilaxis de los anormales, exigiendo al maestro general conocimientos rudimentarios de esta rama de la pedagogía, para que pueda auxiliar en su acción docente al médico-pedagogo, a quien está confiada la enseñanza de los anormales.

3º—Fundar escuelas especiales de anormales y clases de anormales en las escuelas generales, bajo la dirección de personal competente, para corregir las sensibles anomalías evolutivas que hacen al niño atrasado, indisciplinado, torpe, apático, indiferente a las sollicitaciones del amor propio, con malas y perjudiciales tendencias.

4º—Crear seminarios de anormales mentales, anejos a los laboratorios de paidología, a fin de facilitar al médico-psicólogo el diagnóstico preciso en cada caso y poder establecer de esta manera la ficha correspondiente a cada menor, en base de la cual el pedagogo podrá aplicar oportunamente el tratamiento especial que convenga.

5º—Crear donde no los hubiera, establecimientos para niños anormales, bajo la dirección de médicos psiquiatras especializados, en los cuales recibirán educación e instrucción apropiadas todos los anormales, con excepción de los peligrosos e ineducables.

6º—Crear asilos y establecimientos, constituyendo o no una dependencia de los frenocomios, para anormales graves, susceptibles algunos de ellos de cierta mejoría, pero inadaptables en su mayor parte al medio social.



#### IV

### DELITOS, FUGAS Y VAGABUNDAJE EN LOS MENORES.

El problema de la criminalidad infantil se ha planteado hace ya bastante tiempo entre nosotros, revistiendo caracteres alarmantes. A medida que se perfeccionan las estadísticas y se tiene en cuenta la calidad de las fechorías cometidas por los menores, siendo así que el crimen o el delito no pueden concebirse en el espíritu de las modernas legislaciones penales independientemente del criminal o del delincuente, de sus móviles, intenciones, carácter criminológico, en fin, se vienen a deducir algunas conclusiones generales que permiten caracterizar los delitos propios de nuestros menores, precisando la importancia numérica relativa de ellos. Estas comprobaciones han demostrado que el robo aquí, como por lo demás en otras partes, contribuye principalmente a la criminalidad infantil y tiene su fuente inmediata en el vagabundaje.

¡El vagabundaje! Esta es otra de nuestras plagas. Del pequeño vagabundo al ladronzuelo, de éste al ladrón de ocasión y al profesional, pasando finalmente al criminal, la tran-



sición es insensible y se llega a ella por una pendiente singularmente escurridiza, para emplear la expresión de Duprat.

Son innumerables las raterías y los robos, efectuados por nuestros menores, registrados en las estadísticas policiales; y no menos los sindicados "campanas", en la organización del delito. Y es que aquí, como en otros países, los adultos adiestran también para el robo a los menores, quienes lo practican por lo general apandillados en gavillas. Esta corriente malsana se acrece cada día, a pesar de la vigilancia policial, de las medidas coercitivas de la ley para contener estos desmanes y refrenar las impulsiones delictuosas. Aparentemente el hecho resultaría inexplicable, porque a la severidad de las medidas penales no corresponde una disminución paralela de la delincuencia infantil. Y ello es porque se mantiene siempre abierta la espita de la insania moral y se hace que circule activamente la emponzoñada linfa que toma origen en el vagabundaje. Este es el principal enemigo al cual debemos combatir con saña y sin reposo. Llegado al menor a la edad difícil, al período que se abre con su salida de la escuela y su ingreso al trabajo profesional, cuando se transforma físicamente y su imaginación es condición inherente a su evolución mental y moral; se alimenta de concepciones romancescas y de fábulas extravagantes, asomado a la ventana de la vida; ve desde ésta confusamente, y en informe acúmulo, los placeres verdaderos o falsos, los honestos y los deshonestos; pónese en contacto con los adultos, multiplica sus relaciones sociales y se facilita su desvío por la especial condición en que está de adquirir más presto los vicios que las virtudes de aquéllos. Llegado a este extremo, le es fácil entonces abandonar el hogar y lan-



zarse a la ventura, alojándose donde encuentre en que recostar su cabeza y sin saber adonde habrá de acudir mañana para procurarse el sustento.

Esto cuando el vagabundo sigue la vía simple del "globe-trotter" mendicante, que otras veces, las más, el camino se hace tortuoso, complicándose con alguna circunstancia, cual es la pereza y el malquerer que se manifiestan bajo variadas formas.

Y es que el menor que mendiga, el vagabundo que carece del pan de cada día, está inclinado por su misma lamentable condición a las peores perversiones. Aprende, desde luego, el arte de las ganancias fáciles; visto que puede vivir extendiendo la mano, no halla empacho en hacerlo, encontrando plausible este modo de existencia, toda vez que al trabajo se ha sustituido la pereza, madre de todos los vicios.

La mendicidad pública, en efecto, es practicada entre nosotros, con extremada frecuencia, y por el número de individuos que a ella se dedican, constituye para el país un verdadero flagelo. Se ejerce a todas las horas del día, de mañana como de noche; y son numerosos los pobres niños vagabundos que de noche rondan todavía—a pesar de las obras benéficas emprendidas por el gobierno nacional—alrededor de las mesas de los cafés, en las calles céntricas, para mendigar abiertamente o en forma disimulada. Entretanto, ninguna medida eficiente se toma contra esas prácticas viciosas, engendradoras de enfermedades sociales graves. La policía interviene en raras ocasiones y el público que parece acostumbrado a esta clase de espectáculos desoladores, casi siempre permanece indiferente, estimulando con su apatía el odioso oficio de la mendicidad y también a los padres vi-



ciosos de los desgraciados menores, en su apetito depravado por el alcohol.

Al lado de esta mendicidad que se ejerce a la luz del sol, queda por considerar otra solapada, obscura, mas no por ello menos afligente y nociva: nos referimos a los acompañantes de los organillos callejeros, a los que hacen como de conductores y báculo de los mutilados, estropeados y ciegos; a los que, en fin, una fatalidad originaria arroja a los cafés del arrabal, en los cuales cantan plañideras canciones o tocan desoladoras piezas en rancos violines, a esa turbamulta del vicio que se enseñoorea de las almas y de los cuerpos jóvenes, a esos numerosos niños que son carne de explotación, víctimas de los mayores pervertidos. Esta mendicidad, por su propia naturaleza, es más difícil de combatir y de reprimir; mas esto no dice claudicación, abandono, que debemos declararla una guerra sin tregua, librándola de la situación en que ha caído, apartándola de los lugares de desmoralización que frecuenta y viendo de redimir y recuperarla para la vida social mediante medidas eficaces que impidan siga desarrollándose el mal.

Con esto se hará también una adecuada profilaxis del delito, porque rara es la vez que el vagabundo profesional sin domicilio y medios regulares de existencia, no tiene en su haber otra cosa que su hábito antisocial; a menudo el enjuiciamiento y el arresto del mismo descubre otras infracciones pasadas o actuales, hasta entonces impunes. Esta tarea debe correr a cargo de un patronato nacional de menores, como el que ha instituido la ley argentina N° 10.903, que modifica sustancialmente el régimen de la patria potestad de nuestra legislación civil y resulta de la acción intervencionista del Estado mediante la



pliación de sus funciones en los problemas de interés colectivo. Lleva nuestro patronato nacional de menores ya bastante adelantada su tarea de sistematizar los esfuerzos tendientes a la redención de la infancia abandonada y delincuente, siendo de esperar que todos sus esfuerzos converjan en un solo fin y se llegue así a transformar, beneficiándolos para el país, como fuerzas sociales útiles, a todos los menores desviados y desgraciados.

El problema de la fuga de los menores empalma con el del vagabundaje; pero no debe extrañarnos el que, en ocasiones, las fugas se repitan hasta darse con una frecuencia extrema. Donde quiera haya escuelas y preferentemente internados, se señalan fugas y en algunos niños éstas son reiteradas, a pesar de la vigilancia de sus padres, docentes o tutores. La fuga, ha dicho Boudon, constituye, en efecto, una de las reacciones más comunes de la edad escolar.

Pero este aspecto es tan sólo aparente, que si examinamos más de cerca al niño, no tardaremos en descubrir, bajo esa veste aparentemente sencilla, un complejo etiológico polimorfo, puesto que las fugas en los niños normales presentan caracteres análogos a los mismos actos efectuados por los anormales —algunos atrasados y frenasténicos—, cuya voluntad se halla debilitada originariamente por una insuficiencia de desarrollo y permanece así durante toda su existencia.

No es nuestro propósito tratar aquí de la clínica de las fugas y del vagabundaje, que existen en la literatura médica excelentes trabajos sobre el particular, sino simplemente dejar constancia para los efectos del tratamiento del vagabundismo, que el niño, que es un ser en formación, naturalmente curioso de lo



que ve y de lo que se le oculta, emotivo e hipnotizable y unilateral, reacciona de una manera refleja e impulsiva a sus sensaciones, hallándose inclinado a imitar y de esta suerte es impelido a huir y a vagabundear, si es que la educación, y especialmente la vigilancia, no acuden a reparar las perturbaciones de la actividad volitiva, de la actividad ideo-motriz.

La fuga reiterada constituye, por lo menos en el niño, el vagabundaje, señalándose numerosas formas de ella, de interés para el internista; y entre otras, la fuga annésica—ligada o no al mal comicial—, que es poco frecuente en el niño. Lo son, en cambio, las efectuadas en estado de vigilia y que reflejan en el vagabundo su riqueza imaginativa, su extrema emotividad y las fallas de su juicio.

El medio actúa poderosamente sobre las fugas de los menores, ya se trate de un medio de insuficiente moralidad, ya por hacérseles objeto de sevicias, o todavía de un medio a todas luces inhospitalario o infame, en cuyo caso incurre el niño en una "fuga de moralidad". (Lagriffe)

Obedezca a cualquier causa, la fuga se efectúa en condiciones absolutamente comparables, variando en cuanto a duración, desde unas horas hasta muchos meses, y en frecuencia; siendo en todos los casos de imprescindible necesidad, a fin de ponerles remedio, averiguar las causas a que obedecen dichas fugas. Para ello convendrá efectuar un minucioso examen de los antecedentes del menor, procediendo a una minuciosa investigación médico-psicológica, en la cual debe atenderse principalmente al sistema nervioso, para estudiar su desarrollo, el grado de instrucción suficiente o insuficiente para su edad, etc., etc.

De todo lo expuesto, no se deduce que las



fugas sean patrimonio exclusivo de los niños anormales, que un niño puede ser cabalmente normal, máxime si se trata de una constitución emotiva, y cometer, sin ninguna duda, una fuga, particularmente cuando son propicias a esa reacción las condiciones del medio—malos tratos infligidos al menor por la familia, frecuentación de malas compañías, etcétera—, si no es que la loca de la casa espoleada por la curiosidad le impulsa por manera irresistible a lo que puede servirle de alimento.

Otras modalidades de fugas, que debemos considerar, aunque son infrecuentes, se presentan en algunos niños, afortunadamente raros, contra los cuales es inútil toda disciplina, toda contención: es la "paranoia ambulatoria" de Joffroy y de Dupouy; y la "fuga reflexiva" de Collin, que se presentan en niños que sienten una atracción irresistible hacia un objeto, siempre el mismo; en fin, son de señalar todavía las fugas del pervertido y del mitómano histérico, que refiere con lujo de detalles y exuberante riqueza de pormenores, sus azarasas correrías... demostrando en todo ello una incoercible tendencia al engaño, y la fuga de los períodos de excitación en los estados intermitentes.

La debilidad mental es acaso el más rico venero de la fuga, sea que el menor huya del hogar o del internado solo o en compañía de quienes habrán de explotar su credulidad para impulsarle a la comisión de delitos.

Remedio para la fuga no existe verdaderamente ninguno, conviniendo, por lo común, que es precisamente cuando no se tienen informaciones precisas acerca del pasado del niño, o se hace difícil su búsqueda, dejar obrar al tiempo, que es el gran corrector, pues no



siempre el pronóstico de las fugas es sombrío, siendo de observación corriente que los débiles y los inestables llegan a corregirse de este hábito a proporción de que van adquiriendo conciencia de su personalidad, de que se va elaborando la unidad del yo, robusteciéndose el freno volitivo, frente a las exigencias de la vida. Los recidivistas de la fuga, los "dromómanos", son los menos; y en éstos sí que es difícil, si no imposible, imponerles la para ellos dura disciplina de la contención que triunfa, sin embargo, admirablemente en los débiles y en los inestables.

Durante el tiempo que llevamos en la dirección del Instituto Tutelar de Menores de Buenos Aires, no hemos tenido ocasión de comprobar ningún caso de fuga, que permita concluir en la inadaptación social del sujeto, sino simplemente unas pocas evasiones—apenas ocho registradas en dos años, en una población de 250 menores, término medio—, habiéndose las más de las veces reincorporado espontáneamente a la casa los fugitivos. Creemos lisa y llanamente que este hecho, que depone tan favorablemente acerca de la readaptación de muchos menores, es más bien resultado del sistema *open-door* que rige en ella, que de medios profilácticos especiales de la fuga.

---



## LA HIGIENE ORAL Y PRINCIPALMENTE EN EL NIÑO.

Nadie duda actualmente de que la higiene buco-dentaria, que debe merecer la mayor atención de los médicos, influye sobre la salud general promoviendo el bienestar orgánico y el medro del individuo, por alejar de él innúmeras influencias morbosas que en ocasiones pueden llegar a comprometer gravemente la economía.

La higiene de la boca tiene un valor especial, por referirse a la integridad anatómica y funcional de los órganos alojados en esta cavidad, en primer término, por desempeñar dichos órganos funciones de la mayor importancia, y luego por su repercusión sobre la digestión, y la nutrición general del organismo, dependiendo del trofismo principalmente su armónico funcionamiento.

Estas y otras consideraciones, que en seguida apuntaremos, explican el gran interés que en todos los países cultos ha despertado la higiene buco-dentaria, estando todos los higienistas, médicos y estomatólogos, particular-



mente, preocupados con la decadencia dentaria en el adulto, y más especialmente en el niño, en el cual se hacen más visibles los signos de la susodicha decadencia. Hanse invocado por los cultores del darwinismo, para explicar tamañas desarmonías—que por tales nosotros las tenemos—la progresiva desaparición del último molar y del incisivo lateral, con el consiguiente acortamiento de la mandíbula, interpretándolas más bien como un signo real del perfeccionamiento de la raza humana, que como un hecho patológico. Pero es que frente a las inducciones darwinianas, que valen en muchos casos, pero muy poco en éste, surge el argumento esgrimido por una serie de cultores de las disciplinas médico-sociales, quienes, en base de los datos de la anatomía comparada, de la embriología, de la patología y de la clínica, sostienen que la decadencia de los dientes en el hombre, constituye un signo evidente de degeneración de la raza humana, antes que de progreso. (Véanse G. von Bunge: *Las fuentes de la degeneración*, y los trabajos de Bertholet, de Lausana, y de Arthur S. Underwood, de Londres.)

Por otra parte, si se contempla la humanidad en su aspecto moral, vese que el progreso que ha realizado hacia la consecución de sus fines, que es decir, por el logro de los bienes supremos, que son la verdad, la bondad y la belleza, todo ello rematando en el perfeccionamiento individual por medio de la benevolencia y la justicia, es muy menguado, a pesar de los grandes adelantos realizados en ciencias, artes, industrias, agricultura y comercio. Siempre priva el egoísmo, más o menos disfrazado, la inclinación por los bienes materiales y una creciente corrupción en las costumbres. Si el hombre no progresa moral-



mente, tampoco lo hace orgánicamente; y ahí está si no para indicarlo, entre otros muchos estigmas regresivos—más que índice de civilización, como algunos pretenden—, la decadencia de los dientes, causa y efecto al propio tiempo del decaimiento físico del hombre de nuestros días, que no podrá relevar sus valores orgánicos sino mediante una severa higiene oral.

No se nos oculta que en las postrimerías del siglo pasado, y en lo que va corrido de éste, en base de los maravillosos progresos de la bacteriología y de la higiene profiláctica, se ha logrado combatir y hasta impedir no pocas enfermedades, entre las que afligen al linaje humano. Mas, ¿se ha conseguido todo el resultado previsto? No, porque si es cierto que se ha reducido, en general, según resulta de copiosas estadísticas, hechas en los diferentes países de Europa y América, la mortalidad por las enfermedades infecciosas, no ocurre lo mismo con las crónicas—y principalmente las que dependen del desequilibrio trófico—, las cuales van continuamente aumentando. Pues entonces, si las conquistas de la higiene, que valen únicamente, a causa de su confinamiento en el laboratorio y la falta de difusión en las masas de los conocimientos científicos, para las enfermedades infecciosas agudas que se dan principalmente en los niños, y son anodinas para las crónicas de los adultos, que siguen progresivamente en aumento, ocasionando de esta suerte una sensible alza en las cifras de la mortalidad absoluta, mal se puede hablar de progreso.

Y es que se ha descuidado notablemente la consideración de la cavidad oral donde se efectúa la primera etapa de la digestión, como si se hubiera concretado el conocimiento médico al conocimiento de la bioquímica de



la digestión gastro-intestinal, con su respectiva bacteriología. De las frecuentes desviaciones de la flora bucal saprofítica y patógena, no pocos autores han hecho depender la génesis de las enfermedades infecciosas y del recambio, siendo éstas las que deben tenerse particularmente en vista, ahora que los trabajos de Michaels, Sanarelli, Vignas, Grimberty, Raffin, Rassmussen, Choquet y especialmente de Miller, han permitido explicar el mecanismo de la defensa oral contra la invasión micróbica, debido a la acción de diversos factores, cuales son la acción diluyente o quimiotáctica de la saliva, la rica vascularización de ciertas partes de la boca, como las mejillas, los labios, la lengua; la lucha por la existencia entre los microorganismos, las buenas condiciones del organismo en general, y en particular de la boca. Es cosa por lo demás hoy bien conocida, que numerosas enfermedades orgánicas, como la sífilis, la tuberculosis, el alcoholismo y algunas fiebres, tienen su repercusión en la boca y en los dientes, y que otras dependientes de la desviación o perturbación hormonal en el sentido cualitativo, como el hipo y el hipertiroidismo, están unidas por lazos fisiopatológicos a las lesiones dentarias, especialmente a las dependientes del trofismo. Siquiera deben atenderse los reparos que acaba de formular Schottmüller (*Deust. Medi. Woch.*, 1922, N° 6), contra las generalizaciones de M. Fischer y de no pocos médicos estomatólogos americanos, que querrían establecer una relación entre las más variadas manifestaciones morbosas y las precedentes infecciones dentarias, no puede desconocerse el valor de los trabajos y observaciones de W. Hunter, Tellier, Gross, Grisson y Besançon, lo mismo que los de Wermeille, Aufrecht, Rickman, Godlec y



de otros clínicos, reconociendo un origen oral a muchas lesiones infecciosas de órganos lejanos de la boca (tubo gastro-intestinal, árbol bronco-pulmonar, corazón, hígado, bazo y sobre todo las articulaciones (reumatismo articular).

Por otra parte, de los estudios modernos realizados principalmente por Goadby, Murphy, Wirgnann y Turner, C. W. Smith y A. E. Barnes, resulta la notable influencia de la sepsis oral en las enfermedades del recambio, esta última puesta particularmente en evidencia por los estudios de C. D'Alise, el cual, siguiendo las huellas de Horacio Fletcher, concordantes con los experimentos de Cannon y de Pawlow, acerca de la influencia del estado mental sobre el proceso digestivo, y las de Chittenden, del Instituto de Fisiología de la universidad de Yale, ha podido ratificar los postulados higiénicos del fletcherismo para conseguir una buena higiene oral y digestiva, y especialmente poniendo en práctica aquel relativo a la reducción de la tasa de las sustancias proteicas, que integran la ración alimenticia normal—que es precisamente el doble de la necesaria establecida por los fisiólogos—, sin que se aumenten los hidratos de carbono y las grasas, cuando se efectúa una buena y conveniente masticación de los alimentos, concluyendo que el aumento de las enfermedades del recambio—gaje de nuestra civilización atareada y precipitada—muy sensible en el último cuarto de siglo, resulta principalmente de los placeres de la mesa y del redoblamiento de la dieta protéinica en la ración alimenticia.

La revolución social, que Fletcher iniciara promoviendo la buena higiene de la alimentación por la sencilla observación de unas pocas máximas, ha venido no sólo a combatir



nuestra alimentación excesiva, que es anti-económica y generadora de graves enfermedades orgánicas—, pues engullimos los manjares distraída y rápidamente, sin masticarlos convenientemente—, sino también a eliminar no pocos factores de decadencia, entre otros los disgénicos hereditarios, que resultan del trofismo alterado.

En efecto, los trabajos de F. von Oefle, de Pullmann, de Miller y otros, han puesto de manifiesto que tanto la carie dentaria como la piorrea alveolar, son procesos morbosos crónicos que podrían clasificarse en el grupo de las enfermedades del trofismo alterado y que dichas enfermedades, que son las más comunes y frecuentes en el hombre civilizado, reconocen su origen en la constitución de los dientes, en los tejidos que los circundan y en el ambiente o en los humores que circulan en el organismo; y que su cura, especialmente en los niños, permitiría que mejoráramos grandemente las condiciones físicas, mentales y económicas de la raza humana, siendo, sin embargo, del mayor y más urgente interés prevenirlas, velando porque se haga una buena calcificación de los dientes del niño desde la vida intrauterina, administrando a la puérpera una dieta rica en sales de calcio y consistente en cereales, fruta, pan integral, etc., y siguiendo después al niño hasta la edad adulta con la mira de corregir en él, si las hubiere, todas las malas disposiciones y hábitos hereditarios o adquiridos, que pueden perjudicar su normal desarrollo en general, y en particular el de los dientes.

La importancia funcional de los dientes de leche, ha sido en efecto puesta de manifiesto en los últimos años, y con ello se ha dado un paso importantísimo y decisivo en la profilaxis de numerosas formas de anemia, catarros



gastro-intestinales, constipación, raquitismo, linfatismo, etc., rehabilitando la verdadera alimentación fisiológica del niño, que debe ser precisamente conveniente para el desarrollo de las glándulas salivares, los músculos de la masticación y el esqueleto óseo de la cara, de los maxilares especialmente, contribuyendo al reforzamiento de los dientes de reemplazo y al desarrollo y a la tonicidad de las paredes del tubo gastro-intestinal.

Para conseguir tales resultados, se ha indicado por algunos (G. von Bünge y D'Alise), como principio básico de la alimentación en el niño, el pan integral, con el agregado natural de las grasas y de los vegetales. No obstante las virtudes que se atribuyen a este alimento, cuyas excelencias somos los primeros en reconocer, creemos que en la forma racional de la alimentación, con el fin de combatir los peligros del llamado "artrismo latente", por Pascault, y los obligados corolarios que tienen en la herencia de las enfermedades de nutrición, es necesario, sin despreocuparnos de los "ingesta", proceder a la modificación de otras condiciones que resultan ora del ambiente ancestral, ora del actual, naturalmente sin perder de vista los principios de la buena higiene oral, en gran parte preventiva, de las enfermedades por alteraciones del recambio.

En base de lo expuesto, nos permitimos someter a la consideración de los señores miembros del III Congreso Americano del Niño, las siguientes conclusiones:

1°—Se debe iniciar en América una lucha activa contra la carie dentaria, empezando desde luego por una buena higiene oral, realizada en todos los medios, familiar, escolar, industrial, etc., a fin de que sus preceptos sean divulgados y practicados, principalmente en las escuelas, cuarteles, en suma, en las colec-



tividades infantiles o de adultos, para prevenir mayores males.

2°—Que dependiendo del buen estado de la boca, la buena masticación, la asimilación y, en fin, la nutrición orgánica, debe reconocerse la alta importancia de la higiene buco-dentaria en los adultos, cuya observancia es de indispensable necesidad en los niños.

3°—Que debe merecer especial atención de los higienistas en general, y de los médicos e inspectores escolares en particular, corriendo a cargo de éstos el establecimiento de la ficha dentaria de los alumnos, el tratamiento y la higiene buco-dentaria de la colectividad escolar, no sólo en base de las consideraciones apuntadas, sino también porque algunas deformaciones de los maxilares y una mala implantación dentaria, pueden ser convenientemente corregidas en la infancia y en la adolescencia, evitando de esta suerte, en los que se hallan afectados de ellas, las futuras dificultades que podrían ocasionar en la digestión, fonación o en la respiración y aún en la estética facial.

4°—La higiene buco-dentaria debe ser enseñada en todos los planteles de la educación: primaria, secundaria y normal, para que se transforme en un hábito inconsciente, en una verdadera necesidad, pudiendo los maestros y docentes, en general, auxiliar en su tarea al médico, mediante la difusión de folletos de propaganda y por otros medios.

5°—Incluir la higiene dentaria en la organización de los servicios de higiene municipal y establecer dispensarios gratuitos o clínicas dentarias gratuitas, como se ha hecho en los Estados Unidos de Norte América y en otros países, para los alumnos pobres.

6°—Establecer la ficha dentaria individual, mediante la cual puedan, los inspectores es-



colares médicos, protocolizar las lesiones dentarias de los alumnos examinados, a fin de que éstos puedan ser atendidos debidamente, sea en la clínica o en dispensarios gratuitos, sea por el dentista de la familia.

En el Instituto Tutelar de Menores, de Buenos Aires, a mi cargo, se atiende especialmente a la higiene buco-dentaria de los internos, practicándose curaciones de los mismos por un dentista afectado al establecimiento, dos veces por semana. Con ello se ha completado eficazmente la asistencia médica de los menores, que se hallan en condiciones de sanidad y medro orgánicos excelentes.

---



## VI

### LA NIPIOLOGIA, CIENCIA INTEGRAL DEL NIÑO.—NECESIDAD DE FO- MENTARLA EN AMERICA.

El magnífico movimiento de opinión, iniciado desde Italia en el año 1905, por el ilustre Prof. Ernesto Cacace, docente de pediatría de la afamada universidad partenopea, y propulsado sin cesar por el ardentísimo y apasionado celo de este maestro eminente, ha logrado difundir en todos los ámbitos del mundo civilizado el concepto y los propósitos de la nipiología, ciencia nueva que ha alcanzado resonantes consagraciones prácticas no sólo en Italia, con la creación de los institutos nipo-higiénicos de Nápoles y Capua, y en España por el de igual denominación, en Barbastro, por obra del insigne pediatra y eugenista doctor D. Andrés Martínez Vargas, sino también en la América por la noble manifestación del Brasil al tomar parte activa en el movimiento universal apuntado, mediante la incorporación como materia de discusión, entre los temas a tratarse en este ilustre III Congreso Americano del Niño, de la nueva ciencia de la infancia: la nipiología.



Pero, para llegar a este feliz resultado en la magna empresa que se propusiera, ¡cuántas acerbas luchas, cuántas polémicas inmotivadas, cuantos pesares y sinsabores no ha debido soportar su ilustre fundador, Dr. Caccace, a quien no sólo quisieron desconocerle el glorioso título de creador de la nipiología, sino motejáronle ignominiosamente de inventor de lo ya inventado! ¡Pero él, hombre firme y generoso, puesta su inconmovible fe de apóstol en el ideal de promover el bienestar de la primera infancia tan menesterosa de tutela y asistencia, no se dejó amilanar, prosiguiendo impasible y sereno el camino que había de conducirle a la soñada meta del triunfo! Y la nipiología ha triunfado, imponiéndose a la consideración de pediatras y científicos ilustres, de Marfan, de París; de Cozzolino, Rossi-Doria y Anile, en Italia; de Martínez Vargas, de Tolosa Latour, de González Alvarez, de Gómez Ferrer, de Romeo Lozano y Loste Echeto, de Chabás, Boullón y otros, en España; y de G<sup>l</sup> Aráoz Alfaro, Sisto, A. Moncorvo filho, Meirelles, Eizaguirre y Morales Villazón, en América, quienes han difundido y patrocinado el pensamiento y los propósitos del maestro.

Extraña aventura, sin embargo, ha debido correr la nipiología: se empezó primero por desconocer la palabra y luego la idea, casi siempre por empecinamiento ignorante de sus adversarios, para al fin reconocerla como ciencia nueva y autónoma (Marfan), que tiene un objeto propio de estudio: el infante desde todos los puntos de vista, biológico, clínico, fisiológico, psicológico, higiénico, jurídico, histórico y sociológico. Corresponde, en efecto, la nueva designación, porque concierne a un nuevo orden de estudios relacionados con el lactante, el niño que no habla, cuyas



actividades poco diferenciadas y en vía de evolución, le comunican una peculiar fisonomía y hasta puede decirse una propia personalidad, la cual acaso lo distingue más del niño de la segunda y de la gran infancia, que éstos se distinguen del adulto. Así, la nipiología ha hecho sus pruebas resistiendo victoriosamente a la crítica e incorporándose, merced a la ininterrumpida labor de su creador y propagandista, al acervo del conocimiento científico universal. Y es que este "*corpus scientiæ*", que considera al verdadero infante como objeto de estudio en su unidad anatómo-fisiológica, antropológica, clínica, histórica, sociológica, jurídica, etc., se impone tanto más, si se considera que el lactante, a causa de la escasa diferenciación de sus actividades, no puede ser estudiado sin mengua para la ciencia pura y práctica de su conocimiento, desde puntos de vista unilaterales. Resulta, pues, en base de lo expuesto, imposible la confusión entre la pediatría que es la medicina de los niños, y la nipiología, que mira a un campo mucho más vasto, ni con la puericultura, que Pinard define como el conjunto de condiciones que aseguran una buena procreación, pues lejos de corresponder el neologismo, creado por el ilustre profesor francés, a una ciencia nueva, sella simplemente el consorcio entre la higiene del embarazo (puericultura intrauterina) y la higiene de los sucesivos períodos de la infancia.

Esta somera reseña acerca del contenido científico de la nipiología, de su finalidad y propósitos, permite comprender en seguida el importantísimo programa a desarrollar por los institutos nipo-higiénicos, cuya debe ser la tarea de coordinar entre sí las instituciones de las disciplinas particulares de la biología, fisiología, clínica, higiene, historia, sociología



y jurisprudencia de la primera edad, con la mira de crear y desarrollar, como un cuerpo orgánico y coherente de doctrina, la ciencia nipiológica. Resultará así más perfecta la protección o tutela higiénica de la niñez y más eficaces, indudablemente, serán sus resultados. Que así deberá ser, se comprende en seguida de considerar que el instituto nipo-higiénico integra la teoría y la práctica de la ciencia del lactante, y la importancia de sus funciones que contemplan, más ampliamente que cualquier otra institución, la solución integral del problema de la tutela higiénica de la infancia en la primera edad, coordinando entre sí la función parcial de las instituciones de asistencia (consultas para lactantes, gotas de leche, asilos para lactantes, auxilios maternos); las educativas (escuelas de higiene de la primera edad, cátedras ambulantes de higiene para lactantes, escuelas populares de maternología); las de previsión (cajas de maternidad y otros institutos de mutualidad maternal); y las científicas (laboratorios para el examen de la leche y el estudio biológico e higiénico del lactante).

Fundándonos en lo expuesto, y atento a la importancia creciente de la nipiología como ciencia autónoma de la primera edad del infante, más ampliamente comprensiva por su objeto y finalidad, por su orientación y unidad de acción, que cualquier otra disciplina científica, y "la única que puede ofrecer la solución integral del problema tan complejo de tutela de la primera infancia, prodigando no sólo los admirables cuidados de la asistencia y de la previsión a la madre y al hijo legítimo o ilegítimo, sino especialmente educando, con método práctico y demostrativo en los deberes de la maternidad a la mujer de cualquier clase social" (Cacace), solicitamos



del honorable III Congreso Americano del Niño la sanción de los siguientes votos:

1º—Que se difunda en América la enseñanza de la nipiología, mediante la creación, en las Facultades de medicina, de una cátedra afectada a esa rama tan importante de los estudios médicos.

2º—Que se instalen en los principales centros poblados del continente institutos nipo-higiénicos, mediante los cuales puedan hacerse efectivos los postulados y enseñanzas de la nipiología.

3º—Que se fomenten las instituciones educadoras, cuyas funciones se coordinan con las ya citadas de asistencia y previsión en la constitución del vasto edificio nipiológico.

---



## VII

### CONCEPTO ACTUAL DE LA EDUCACION FISICA.

Hace bastante tiempo que dura la polémica acerca de los criterios y métodos que deben presidir la enseñanza de la educación física y de la sistematización de los conocimientos de esta importantísima rama de la higiene, habiendo recrudecido notablemente en los últimos tiempos esta discusión ya casi secular.

La cuestión de la educación física debe revestir, en los países de América, democracias en formación, no anquilosadas todavía por viejos prejuicios y rutinarias doctrinas, un interés capital. Trátase, en efecto, de nacionalidades pujantes, vigorosas, que es necesario conservar, viendo de acrecentar el capital biológico de la raza, en vez de dejarla librada a las causas de desmedro que contra ella conspiran, como son las enfermedades de trascendencia social, el alcoholismo, la sífilis, la tuberculosis, la malaria y la uncinariasis, ya que, felizmente, merced a la influencia del Brasil, y principalmente por obra del gran Oswaldo Cruz, se ha podido desalojar de sus fronteras el terrible flagelo endemo-epidémico de la fiebre amarilla y se persigue activa-



mente en la lucha contra otras enfermedades sociales, como el alcoholismo y la avariosis, confinándose cada vez más en reducidas áreas la lepra y la tiroiditis parasitaria de Chagas.

No se nos escapan que existen en nuestro país, como igualmente en muchos otros de América, numerosas sociedades de educación física, cuya obra perseverante merece los aplausos de todos los que se interesan por el desarrollo físico de la juventud. Pero las más de ellas por los sistemas que ponen en práctica, contemplan fines particulares en su labor educativa, cuales son la gimnasia de aplicación, atlética y combativa, siempre subalterna a la de constitución que, economizando fuerzas, mira el desarrollo armónico del cuerpo, el equilibrio muscular, fijado y mantenido, en una palabra, la formación y el mantenimiento del "yo", estableciendo como postulado incontrovertible y verdad educativa inconcusa, su alta finalidad, que es, según la fórmula canónica: la fuerza por la salud.

En nuestros tiempos, en efecto, la educación física debe desentenderse absolutamente de cuanto no sea gimnasia racional de formación y de constitución, de lo que constituye uno de los primeros factores de la vida combativa, es decir, de los juegos, con los que se persigue el menor esfuerzo y el mayor esparcimiento, introduciendo en ellos a ciegas los llamados movimientos suecos, a fin de satisfacer todas las perezas y todas las ignorancias, como dice acertadamente Tissié, del olimpismo, de los deportes que falsean el problema fisiológico y sacrifican ciegamente al ídolo fuerza; si es que se quiere formar al ciudadano en vista de las necesidades presentes y de las del porvenir, logrando hacer de él un tipo flexible, tan capaz del ataque como de la defensa, con armas o sin ellas.



Pero para ello es necesario que en todas partes los encargados de la enseñanza de la educación física, como sus rectores, la universidad, los institutos superiores que han de preparar el personal docente especializado, técnico en la compleja ciencia del movimiento, estén penetrados del espíritu clínico, analítico que debe presidir a esa enseñanza, de la importancia que reviste la búsqueda de las relaciones entre los músculos y las grandes funciones vitales, en cuyo campo, día a día, despéjanse nuevas interesantes incógnitas, y mediante la cual se conseguirá seguramente relevar todos los valores, sosteniéndolos en vez de aminorarlos, como es el caso corriente, aun entre nosotros, por la imposición de una gimnasia brutal, objetivista, emotiva, según preceptuara y practicara Jahn.

Los resultados obtenidos mediante la enseñanza de la gimnasia analítica en Francia, Suecia, Bélgica y algunos otros países, por esa gimnasia que repudia en beneficio de los movimientos reglados y prescriptos por la fisiología del motor humano en función, los pujos impulsivos, incitadores de la juventud a la acrobacia y a la gimnástica con aparatos, es decir, al deporte aéreo, impulsan a imitarlos, difundiendo su aplicación a todos los jóvenes, varones y mujeres, si es que queremos que los países de América cuenten con generaciones de sujetos sanos y vigorosos en el esfuerzo que les es reclamado para su ascensión a los dominios de la vida intensa en la perpetua gesta de sus progresos. Constituirá así el *capital-fuerza* de la fortuna en formación, como dice un ilustre cultor del método de Ling, que es la manifestación exterior del equilibrio de la vida orgánica.

La educación física, cuya reforma y uniformidad pedimos, debe empezar con los ni-



ños, a los cuales, claro está, no se disciplinará según el rudo ideal espartano, pero sí de acuerdo con su naturaleza y con las exigencias a ella inherentes; es decir, que teniendo el niño derecho a vivir y a vivir bien, siendo para él la vida el movimiento, la alegría, la necesidad de la actividad física, la limpieza corporal, el equilibrio de las funciones fisiológicas y psicológicas, derecho absoluto suyo será también el que se le prepare para esos fundamentales menesteres y funciones, visto que, por lo común, las familias poco se ocupan de la formación física de su descendencia. Y esto sucede tanto aquí como en todo el mundo. La escuela, nuestra escuela, sacrifica casi completamente la educación física a la educación intelectual; y el Estado, evacuando responsabilidades, no toma verdaderamente la participación que le corresponde en este grave asunto de remediar las insuficiencias de la educación física entre nosotros, ventilando las doctrinas y los programas, todavía influídos por el espíritu antiguo, a que debe ajustarse la enseñanza.

Hora es, pues, de terminar con ello y de considerar reflexivamente, toda vez que es ya una convicción razonada en los más de los espíritus progresivos, médicos, educadores, sociólogos, etc., el método que preconizamos, a educación física de la juventud, el perfeccionamiento de la raza, sin el cual, a la postre, quedarán estériles todas las mejoras intentadas en otros dominios y menguados serán los efectos que de ellas deriven.

Uniformados los métodos de enseñanza—que poco importan para el caso los medios, procedimientos y sistemas, elementos de valor subalterno en la educación física, con programas homogéneos que desarrollen razonadamente el cuerpo de doctrina establecido, sería



llegada la oportunidad en este momento de pedir sea votada en todos los países de América que carecen de ella y aun en los que la tienen, porque a ellos también alcanzaría la reforma, una ley de enseñanza escolar y post-escolar de educación física, fundada estrictamente en el conocimiento fisiológico del cuerpo humano, formadora y relevadora de la organización en su función educatriz, aplicando a la juventud de ambos sexos, un método general de educación física que comportara tres grados: elemental, secundaria y superior, e imponiendo la obligación de una lección diaria de gimnasia en todos los establecimientos escolares, la unidad de formación de los educadores físicos en las escuelas normales y de gimnasia a establecerse, dependientes de la universidad o de los institutos superiores de educación física; la introducción de la prueba física en todos los exámenes, la penetración de aplicación rigurosa de las reglas de la higiene en la familia, la escuela, el taller y la ciudad, asegurando a todos los medios adecuados para poder someterse a ellas, y, por fin, la reforma de la inspección escolar, necesitada de nuevos estímulos.

Como se ve, el programa es vasto y su realización demandaría la creación de un nuevo organismo, dependiente acaso del ministerio de sanidad o de los departamentos de higiene y de asistencia y previsión social, según los países, alrededor del cual agruparíanse los diferentes servicios hoy diseminados y a las veces con finalidades divergentes del propósito común. Organismo de dirección, de coordinación y de contralor, centralizaría todo lo que concierne a la educación física e higiénica de la juventud, inspirándose su programa de acción en el noble deseo de promover la sanidad y el desarrollo cada vez más pujante de la raza.



## VIII

### EL ALCOHOLISMO Y EL NIÑO.

Sería un lugar común y acaso abusaría de la exquisita benevolencia de los señores congresales, si se diera en insistir acerca de la acción fisio-patológica del alcohol en el niño, que cada médico conoce, que el vulgo mismo puede comprobar, si pone un poco de atención en su torno, expresando que es la misma que en el adulto, agravada por la circunstancia de que el niño reacciona más activamente que aquél a la influencia del tóxico, es más susceptible, porque en este caso, como en el de otras perturbaciones morbosas, los síntomas son diferentes y diversas las complicaciones. A nadie, por lo demás, debe extrañar esta afirmación desde que cada uno ha podido comprobar cuán distinta es la acción farmacodinámica de las sustancias medicamentosas, siquiera su posología esté proporcionada a la edad y responda estrictamente a los principios generales que informan la prescripción de las dosis terapéuticas. Tal ocurre con el alcohol, por ejemplo, que actúa más fuertemente sobre el niño que sobre el adulto, resultando este hecho de las proporciones re-



lativas que podrían establecerse entre el mayor desarrollo y el mayor peso y desarrollo, respectivamente, del sistema nervioso, y en particular del cerebro, en el niño y en el adulto.

Ahora bien, como las facultades superiores, de la inteligencia, el razonamiento, el juicio, la memoria, etc., se desarrollan poco a poco y merced al continuo ejercicio, fácil es comprender que, siendo estas facultades las primeras afectadas por la intoxicación alcohólica, la administración del alcohol, perturbará el desarrollo normal del cerebro, conclusión a la que han llegado entre otros, mediante comprobaciones exactísimas, Forel, Bünge, Kraepelin y Demme.

Induce el alcohol en el fisiologismo del niño otros trastornos no menos graves y capaces de poner serias trabas a su crecimiento y normal desarrollo.

El niño se alcoholiza directa o indirectamente, sea por la malsana práctica de administrarle una leche alcoholizada—porque existe el prejuicio, todavía desgraciadamente muy difundido en los países cultos, de que la madre o nodriza del niño, para tener mucha y buena leche, debe beber mucho vino y mucha cerveza o espirituosos—, o porque se le alcoholiza inconscientemente, dándole a beber, a título de calmantes de su natural inquietud, o para hacerle dormir, bebidas alcohólicas, como agua-miel y cognac y hasta agua de colonia. De donde resultan los casos de intoxicación aguda, afortunadamente poco numerosos, de los cuales han citado ejemplos elocuentes algunos autores, como Demme, de Berna; Edmund, de Londres; Baër, de Berlín y Combe de Lausana; si no es que, como en el caso más común, se instala la intoxicación crónica, con un cortejo apenas aparen-



te de manifestaciones sintomáticas. Pero sea que se trate de alcoholismo grave, cuando la madre o la nodriza beben cantidades considerables de espirituosos, en cuyo caso la leche adquiere propiedades tóxicas por la cantidad de alcohol que contiene, además de sufrir perturbaciones profundas en sus cualidades, de donde resulta una doble causa de amenguamiento para el lactante; sea de alcoholismo leve, en que merced al tóxico se exalta la irritabilidad nerviosa del niño, cuando la hay, forzándolo a largos insomnios, a malas deposiciones y a la pérdida de peso, debe proscribirse, como sana medida higiénica, de los regímenes de las mujeres que lactan, el alcohol en cualquiera de sus formas.

De igual manera debe combatirse por todos los medios a nuestro alcance el alcoholismo en el niño, causa de graves desórdenes y de serias enfermedades, eliminando de las mesas de las familias acomodadas el vino y la cerveza, que se sirven diariamente a los niños, y los vinos fuertes (málaga, marsala, madera y aún cognac), y los productos de la farmacia alcoholizados (vinos de quina, kola, coca, cognacs ferruginosos, etc.), que se administran a los niños con el plausible propósito de "fortificarlos" o de corregir ciertos vicios de la crisis sanguínea.

No es nuestra mente pasar en revista las lesiones orgánicas que presentan los niños alcohólicos, ni tratar en detalle de los trastornos tan graves que el alcohol induce en el desarrollo del niño, los cuales se manifiestan primeramente por un paro del desarrollo regular (nanismo) y el debilitamiento de su resistencia a las influencias exteriores, haciéndoles más accesibles a las enfermedades infecto-contagiosas; ni del nervosismo alcohólico, provocado a veces por dosis insignifi-



cantes del vino, ni de los terrores nocturnos en que, bajo la obsesión de un sueño terrorífico, se despierta sobresaltado el niño, y tanto más frecuentes cuando la etiología alcohólica evoluciona en un terreno preparado por la irritabilidad nerviosa o la educación, ni de la corea y de la epilepsia, muchas veces de naturaleza alcohólica, ni tampoco hacer hincapié en la tantas veces mentada parálisis de las facultades superiores, objeto de las lamentaciones de los docentes de todo el mundo, que se quejan de la ligereza y falta de memoria de sus educandos, de la falta de aplicación al trabajo, de la dificultad de formular juicios y conservar el dominio de sí mismos, y de la falta de dignidad personal, que todo ello está probado y experimentado por todos; sino simplemente formular, entre otras conclusiones, que, vista la influencia directa de las bebidas alcohólicas sobre el organismo del niño, acción mucho más intensa en éste que en el adulto, la disminución de su fuerza de resistencia a las infecciones y las perturbaciones de su sistema nervioso bajo la acción del tóxico, es de urgencia:

1º—Promover la enseñanza antialcohólica escolar y post-escolar, en los países de América que no la tengan.

2º—Activar en los países de América, en que se ha establecido ya la enseñanza anti-alcohólica con carácter obligatorio, la lucha contra el alcoholismo infantil, promoviendo la creación de las ligas antialcohólicas infantiles escolares, como ya se ha hecho con éxito en la República Argentina.

3º—Decretar la abstinencia absoluta de bebidas alcohólicas para los niños nerviosos o enervados y para los afectados del sistema nervioso, debiendo en los demás perseverar con este régimen seco, por lo menos hasta



alcanzada la pubertad, en que apenas serán permitidas las bebidas higiénicas en dosis moderadas y siempre bajo reserva.

4°—En los retardados escolares y, en general, en todos aquellos niños distraídos, amnésicos, faltos de iniciativa y en quienes es difícil la educación, mantener la abstinencia absoluta.

5°—Estando unánimemente reconocida la existencia del alcoholismo hereditario, es decir, que los hijos de los alcohólicos no son normales, hallándose afectados por una tacha hereditaria que se traduce ora por enfermedades congénitas, ora por enfermedades físicas, mentales o morales, debe proclamarse como máxima de eugenística positiva la proscripción del matrimonio entre alcohólicos, aunque uno solo de los padres lo sea, divulgar las reglas de la buena procreación é imponer a todo hijo de padres alcohólicos, afectado de alcoholismo hereditario, como única medida de salvación, la abstinencia total.

















